

# *La exposición castellana de 1859.*

**Rafael Serrano García**

Instituto Universitario de Historia *Simancas*

**Resumen:** En los ámbitos cultural y económico de la Europa de mediados del siglo XIX, las exposiciones constituyeron un elemento imprescindible. Siguiendo los ejemplos de Gran Bretaña y Francia, en España proliferaron estas celebraciones del culto al progreso. Aquí se estudia una de estas muestras, la Exposición castellana de 1859 (Valladolid, 1859), cuyo éxito debe relacionarse con el despertar económico de la Meseta castellana ante la llegada del ferrocarril, pero también con la formulación de un balbuceante e ingenuo regionalismo referido a los antiguos reinos de León y de Castilla.

**Palabras clave:** Castilla, exposiciones, ferrocarril, industrialización, prerregionalismo.

**Abstract:** About of the middle of Nineteenth Century, Exhibitions were quite essential constituents in the cultural and economic european realms. Following foreign examples, as those of Great Britain and France, the celebrations of progress cult also proliferate in Spain. In our essay we analyse one of these fairs, the Exposición Castellana (Valladolid, 1859) whose success must be related with the economic awakening of the castilian Meseta just before the railway arrives, as well because it was the first time that a stammering and ingenious regionalism referred to the old kingdoms of León and Castilla was formulated.

**Key words:** Castile, exhibitions, railwaay, industrialization, prerregionalism.

Los historiadores castellano-leoneses y cántabros que, desde diferentes perspectivas nos hemos ocupado de la Castilla anterior a la Restauración hemos podido detectar que hasta la crisis comercial y financiera de mediados de los años 1860 la élite regional conformada por terratenientes y harinócratas, compartió un optimismo acerca de las posibilidades de ampliar sus mercados enviando sus producciones a los países de la Europa atlántica y buscó orientarse también en una dirección industrialista y minera para la que, entonces, Castilla la Vieja y León parecía singularmente bien dotada en razón del hallazgo de vetas carboníferas en las provincias norteñas, de sus buenas rentas de situación respecto del trazado de los modernos medios de transporte (Canal de Castilla, Ferrocarril del Norte, entonces en construcción) y de la existencia de un ahorro considerable en manos de empresarios muy activos, los fabricantes de harinas y los comerciantes y armadores cántabros, que iba a canalizarse hacia los bancos y sociedades de crédito de Valladolid y Santander<sup>1</sup>.

No ha de extrañar por tanto, que entre estos núcleos necesariamente restringidos y en la incipiente opinión pública que empezó a configurarse gracias a la prensa periódica se difundiera la especie de que Castilla podía finalmente levantar cabeza tras el prolongado declive iniciado en el siglo XVII gracias a la concreción de estas expectativas de crecimiento que los factores reseñados hacían presagiar y que el tendido del ferrocarril debería acelerar. Una creencia que tenía su correlato en el lado político, ya que la ideología liberal había venido invocando desde los años del Trienio el mito de los Comuneros y de las antiguas libertades castellanas para asociar la recuperación de la vitalidad de Castilla al fin del absolutismo impuesto por Carlos I.

En este artículo nos proponemos estudiar un evento que en el contexto optimista y expansivo que reinaba entonces en Castilla (y que la pronta finalización del Ferrocarril del Norte se suponía iba a confirmar) fue considerado la demostración palpable de que las provincias castellanas podían renacer de su largo declive si consolidaban y profundizaban en la unión que los vínculos comerciales habían afirma-

---

<sup>1</sup> Cabe remitir, entre otros, a los trabajos de MORENO LÁZARO, J.: «La fiebre harinera castellana: la historia de un sueño industrial (1841-1864)», en B. Yun Casalilla (coord.), *Estudios sobre capitalismo agrario, crédito e industria en Castilla (siglos XIX y XX)*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1991, pp. 161-202; «Formación de capital y fluctuaciones económicas durante la primera industrialización vallisoletana (1848-1885). Una aproximación», en *Valladolid, Historia de una ciudad. Congreso internacional. T. III. La ciudad contemporánea*, Valladolid, Ayuntamiento, 1999, pp. 1115-1137; «La harinería castellana y el capitalismo agrario... (1778-1868)», *Historia agraria*, 27(1994); de SERRANO GARCÍA, R.: «La quiebra de un modelo expansivo: la crisis financiera y agrícola en Castilla (1864-1868)», en B. Yun Casalilla (coord.), *Estudios...*, pp. 77-128; de ESTEBAN DE VEGA, M.: «El sueño imposible de una burguesía agraria. Los intentos de industrialización», en A. García Simón (ed.), *Historia de una Cultura. III. Las Castillas que no fueron*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1995, pp. 323-359; de MARTÍNEZ VARA, T.: *Santander de villa a ciudad (un siglo de esplendor y crisis)*, Santander, Ayuntamiento/Librería Estudio, 1983; de HOYO APARICIO, A.: *Todo mudó de repente. El horizonte económico de la burguesía mercantil en Santander, 1820-1874*, Santander, Universidad de Cantabria/Asamblea Regional, 1993; de DÍEZ ESPINOSA, J. R.: «Agricultura, industria y comercio en la segunda mitad del siglo XIX», en C. Almuiña Fernández et alii, *Valladolid en el Siglo XIX*, Ateneo de Valladolid, 1985, pp. 317-350. Debe consultarse asimismo, por la abundante información que contiene, ALMUIÑA FERNÁNDEZ, C.: *La prensa vallisoletana durante el Siglo XIX (1808-1894)*, Valladolid, Diputación Provincial, 1977, 2 ts.

do ya entre algunas de ellas. Se trató de la *Exposición Castellana de 1859*, celebrada en Valladolid con una concurrencia realmente notable, lo que nos parece un signo del consenso existente sobre las potencialidades agrícolas y mercantiles de la región y que provocó la confraternización entre los notables provinciales asistentes al certamen, animándoles a poner en marcha un proyecto que consolidara la unión conseguida y sirviera de instrumento para acelerar el crecimiento económico. Se trataba de la *Sociedad Castellana de Emulación y Fomento*.

Evocando en primer término el significado de las exposiciones en la Europa de mediados del ochocientos, procuraremos contextualizar la celebrada en Valladolid explicando su gestación y relacionándola con la política de la Unión Liberal. Analizaremos también los factores «regionalizantes» que la dinámica comercial estaba originando y el lugar que cabe atribuir a Valladolid desde esa perspectiva (no nos ocuparemos en cambio de Santander). Veremos luego la preparación y celebración concretas del certamen fijándonos en las formulaciones ingenuamente prerregionalistas que en el transcurso del mismo iban a enunciarse. Estudiaremos someramente los contenidos de la Exposición para conocer el eco que su convocatoria tuvo entre los industriales y terratenientes castellanos y, por último, nos ocuparemos de la tentativa frustrada de asegurar una continuidad a la unión momentánea que las provincias habían conseguido: la fundación de la *Sociedad Castellana* y la edición de un órgano periodístico que hiciera de portavoz de esos intereses mancomunados.

### *La época dorada de las exposiciones.*

El certamen del que nos vamos a ocupar se celebró en Valladolid en los diez últimos días del mes de septiembre de 1859. La ciudad ya había conocido un anterior certamen público en 1850<sup>2</sup>, y León<sup>3</sup> y Santander también habían organizado los suyos, si bien todos ellos habían tenido un radio exclusivamente local o provincial. A éste, en cambio, sostenido por la Diputación vallisoletana y provisto de un triple carácter agrícola, industrial y pecuario, fueron invitadas a concurrir todas las provincias del ámbito definido entonces como *castellanoviejo* (las nueve castellano-leonesas, más Santander y Logroño), habiendo merecido la atención de algunos historiadores vallisoletanos —fundamentalmente de Celso Almuiña y de José Ramón Díez Espinosa— debido tanto a sus connotaciones prerregionalistas como también a ser la traducción de la bonanza económica y el empuje capitalista que se hacían notar entonces en Castilla<sup>4</sup>.

---

<sup>2</sup> *Memoria de la Junta de calificación de los productos de la Agricultura, Industria y Artes presentados a la 1.ª Exposición pública de Valladolid en el año de 1850*, Valladolid, Impta. de M. Aparicio, 1850.

<sup>3</sup> La de León se celebró los días 1, 2 y 3 de septiembre de 1857. La convocatoria y la relación de los premios en *Boletín Oficial de la Provincia de León*, (29-IV y 7-IX-1857).

<sup>4</sup> Celso Almuiña se ha referido en repetidas ocasiones a la Exposición Castellana de 1859 en el contexto de la historia del regionalismo castellano y leonés. Una de sus últimas contribuciones: «La burguesía harinera y los orígenes del regionalismo castellano», en J. A. Blanco Rodríguez (coord.), *Regionalismo y autonomía en Castilla y León*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2004, pp. 73-92.

Todo historiador familiarizado con el Siglo XIX conoce la profusión de estos certámenes y su estrecha asociación con los procesos industrializadores, de cuyo estadio en un momento determinado daban público testimonio, así como su función estimulante para ulteriores avances en los diferentes ramos de la producción. Las exposiciones universales, que ocasionaban auténtico pasmo entre sus visitantes son las más conocidas, constituyendo una de las apoyaturas más firmes del culto al progreso que tantos y tan incondicionales adeptos tuvo entonces, sin las dudas ni los aspectos negativos que hoy suscita<sup>5</sup>.

En España, aún cuando no se ignoraban este tipo de certámenes (de hecho, para 1850 se había proyectado celebrar uno, con un carácter general), parece cierto que el éxito de la Gran Exposición londinense de 1851 (y de la siguiente de París) y las connotaciones optimistas y un tanto utópicas que la rodearon fueron un poderoso estímulo para que el Estado, las Diputaciones Provinciales u otros organismos se lanzaran a la celebración profusa de estos eventos, ya fueran de ámbito local, regional o estatal. Parece indudable que la creación del Ministerio de Fomento –primeramente con el título de Comercio, Instrucción y Obras Públicas– no fue ajeno a estas realizaciones, sobre todo durante la larga estancia en el poder de la Unión Liberal (1858-1863). Los gobernadores así como las Juntas de agricultura fueron los instrumentos que sirvieron de cauce a las actuaciones en esta materia, cuyos resultados, no obstante, de cara a promover la modernización de los sectores productivos y, muy en particular, de la agricultura, fueron limitados<sup>6</sup>.

Las exposiciones aparecían como un método barato y respetuoso para con la autonomía de los agentes privados (y acorde, por tanto, con la filosofía que inspiraba la acción de Fomento), de promover el crecimiento económico ya que se pensaba que estos certámenes, además de permitir obtener un conjunto de datos preciosos sobre la producción española, animarían el comercio, servirían de eficaz propaganda al progreso técnico y mentalizarían a los productores –a través de los premios o diplomas– a trabajar según unos criterios de rentabilidad y dentro de un marco mucho más amplio que el local o comarcal abarcado por las ferias tradicionales (todo lo cual tenía mucho que ver, evidentemente, con el gran impulso dado durante esos años, a la red ferroviaria).

Dentro del ámbito español, el certamen que por su proximidad en el tiempo tuvo una mayor influencia sobre el que nos proponemos estudiar fue la Exposición General de Agricultura de 1857, celebrada al inicio del otoño de ese año en el terre-

<sup>5</sup> Véase, entre otros estudios AIMONE, L. y OLMO, C.: *Les Expositions Universelles, 1851-1900*, Paris, Belin, 1993.

<sup>6</sup> Esta cuestión de las exposiciones en el ámbito español ha sido apenas estudiada. Una excepción la representa la provincia de Lugo: véase, VEIGA ALONSO, X. R.: «Desarrollo agrícola y exposiciones: ¿Una relación causal?», *Noticario de Historia Agraria*, 14 (1997), pp. 165-191. Una visión más positiva, referida en este caso al País Valenciano: CALATAYUD GINER, S.: «Difusión agronómica y protagonismo de las élites en los orígenes de la agricultura contemporánea: Valencia, 1840-1860», *Historia Agraria*, 17 (1999), concretamente, pp. 110-120.

no de la Montaña del Príncipe Pío, en Madrid, que actuó como un acicate ya que en ella la producción castellanovieja había tenido una representación muy escasa. Pero influyó más aún el proyecto del Gobierno unionista de celebrar en 1862 una gran Exposición Hispanoamericana, que exigía llevar a cabo previamente en las distintas provincias o regiones españolas toda una serie de ensayos preparatorios.

### *La iniciación del proyecto.*

#### *Su relación con el despertar material de Castilla la Vieja y León.*

No poseemos datos precisos de cómo se gestó la idea de la Exposición y de si existió algún esbozo previo, por lo que nuestra primera noticia procede de las actas de la Diputación vallisoletana, concretamente de la sesión de 9-10 de abril de 1859 en la que el recién estrenado Gobernador de la provincia, Cástor Ibáñez de Aldecoa intervino para poner en conocimiento de los diputados su intención de celebrar en Valladolid una Exposición agrícola y mercantil de las provincias de Castilla, cuyas ventajas habrían de ser inmensas ya que permitirían tomar nota, tanto de los frutos producidos en mejores condiciones como de los adelantos hechos por las provincias hermanas.

Pero antes de exponer su idea ante el pleno de la Corporación, Aldecoa había reunido a un importante número de vecinos de la ciudad para así ir adelantando en la preparación del proyecto que, según parece, tenía bastante madurado como demuestra la prontitud con que la Diputación realizó la convocatoria (tan sólo once días después de la intervención del Gobernador, el 20 de abril), seguida poco tiempo después de la publicación del catálogo de productos susceptibles de ser aceptados o de varias circulares en las que aparecían unos criterios firmemente definidos acerca de qué objetos debían ser admitidos o primados, incluso<sup>7</sup>.

En nuestra opinión ello denotaba que el proyecto, además de responder a la política del Ministerio de Fomento y ajustarse a la conveniencia de la poderosa Compañía del Norte, traducía también las buenas expectativas del influente grupo de intereses que actuaba entonces en Valladolid y su incipiente ideología castellanista así como la red de contactos y de relaciones económicas que tenía establecidos por gran parte de la región. No vamos a intentar aquí una caracterización de este grupo burgués pues ello excedería los límites de este modesto trabajo (y porque el lector interesado puede hallarla en las páginas de los estudiosos sobre la Desamortización en Valladolid y en otras provincias), sino que procuraremos reseñar los factores, diríamos que «regionalizantes» que informaban los negocios de la burguesía local y, por otro lado, la complejidad de los mismos, todo ello a la altura de 1859.

---

<sup>7</sup> *Exposición general de Castilla la Vieja. Convocatoria, catálogo, circular, e instrucciones de la Junta directiva*, Valladolid, Impta. y Librería de Hijos de Rodríguez, 1859. Dicho folleto se ha reproducido en el libro: BELLOGÍN, A.; HERRERO OLEA, S. y LÓPEZ MORALES, B.: *La Revolución Liberal en Valladolid (1808-1874)*, Valladolid, Grupo Pinciano/Caja España, 1993, edic. y estudio preliminar de R. Serrano García, pp. 189-213.

La extracción de este grupo empresarial, en el que el origen vallisoletano constituía casi una excepción era ya uno de esos factores<sup>8</sup>, siendo frecuente la procedencia palentina, cántabra, riojana o de otras provincias de Castilla la Vieja; destacaba en particular un pequeño pero muy poderoso núcleo de hombres de negocios cuya actividad principal era la fabricación de harinas, que habían nacido o se habían criado en Palencia o Santander o del propio Valladolid o que procedían de algunos pueblos de dichas provincias (tales como Miguel Polanco, Pedro Pombo, José María Iztueta, Antonio Ortiz Vega, Lorenzo y José María Semprún, Juan Fernández Rico, entre otros) en donde mantenían importantes intereses llevados frecuentemente por otro miembro del grupo familiar, de manera que no era infrecuente que sus empresas cabalgaran sobre las tres provincias citadas en función de la corriente de negocios que se había organizado a partir del Canal de Castilla y del aún no concluído Ferrocarril de Isabel II.

Se podría destacar asimismo, aunque en un nivel más secundario, la procedencia de las comarcas más orientales de la Cuenca del Duero o de sus estribaciones montañosas concretada en individuos tales como Blas López Morales, Juan Manuel Fernández Vítors, así como de todo un grupo familiar encabezado por Hilario González de Sáinz como personaje más potente (y del que formaban parte firmas como *Miguel Hnos.*, *Alfaro Hnos.*), originario de Cervera y Aguilar del Río Alhama, donde continuaban manteniendo importantes intereses económicos. Tendríamos, por último, otros orígenes extrarregionales como el vasco (P. Ochotorena, T. Lecanda, J. Garaizábal, por ejemplo), el catalán (los Vidal, Ramón, Jover, Vilaró, Jaumandreu, etc.) o el francés (Divildos, Eyries, Jouron, etc.), pero que habían dado lugar a asentamientos estables en la ciudad, en función de la comercialización de tejidos, la fabricación de curtidos o el tendido ferroviario, por citar aquellas actividades por las que mostraron especial predilección.

El ámbito pluriprovincial de sus negocios tuvo que ser otro factor estimulante de la dimensión regional de la Exposición. Volviendo de nuevo al sector que giraba en torno a las harinas, es oportuno señalar que el mercado trigoero afecto a los harineros se extendía a toda la región, dimensión regional posibilitada por especuladores o compañías mercantiles, varias de las cuáles tenían su sede en la ciudad castellana como la *Núñez y Salcedo*, *Matesanz y Cía*, etc.<sup>9</sup> Pero quizás cabe percibirla mejor en las sociedades, algunas de ellas muy potentes, dedicadas a la compraventa de géneros «del Reyno y de fuera», especialmente de textiles que desde los años 1840 iban a hacer su aparición, dotadas de una estructura que comportaba la apertura de estable-

<sup>8</sup> Algo parecido ocurría en Valencia por esas mismas fechas, tal y como señalan PONS, A. y SERNA, A.: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del siglo XIX*, Valencia, 1992. En la vecina ciudad de Palencia la burguesía también había tenido ese mismo componente, marcadamente foráneo, y hasta había anticipado en individuos y familias concretas la que se desarrolló en Valladolid desde mediados del XIX; MORENO LÁZARO, J.: «Familia y empresa en el siglo XIX», en P. García Colmenares et alii, *Historia de Palencia. Siglos XIX y XX*, Valladolid, El Norte de Castilla, 1996, pp. 229-240.

<sup>9</sup> Véase MORENO LÁZARO, J.: «La fiebre harinera castellana...», pp. 181.

cimientos en Valladolid y Barcelona y eventualmente en otros puntos de Castilla como Palencia o Rioseco y la existencia de un amplio elenco de mercaderes textiles al por menor, probablemente la categoría más nutrida dentro de las matrículas de comerciantes de la época.

Sería el caso de la sociedad Rueda, *Cordero y Cía*, formada en 1858 por Juan Manuel Rueda Almazán, Remigio Cordero, vecinos y del comercio de Valladolid y Andrés Basté, del de Barcelona y que vino a sustituir a otra anterior, *Soler y Rueda*; de la *Vilaró Rodríguez*, formada en 1850, con establecimientos abiertos en Barcelona, Palencia y Valladolid o, yendo aún más atrás, de la *Párriga y Sáez*, constituida en 1848 para vender géneros catalanes en el ámbito rural, ya que sus establecimientos los tenía en Matapozuelos, Rioseco y Dueñas<sup>10</sup>. Ciertamente, la presencia temprana en Valladolid (en algunos casos desde el Siglo XVIII) de comerciantes o artesanos oriundos en su mayoría de la localidad barcelonesa de Copons (los apellidos que hemos mencionado con anterioridad), parecen acreditar el destacado papel asignado a la ciudad en la comercialización de géneros catalanes en la Meseta septentrional<sup>11</sup>.

En otros sectores productivos se aprecia también la elección del marco regional para desenvolver los negocios. Así, en el ramo de los curtidos que había cobrado un importante desarrollo en Valladolid: un fabricante hispanofrancés como Juan Divildos, suministraba sus productos a zapateros o comerciantes repartidos por buena parte de la región. En el de la metalurgia, se sabe que la Fundición del Canal, gestionada por la sociedad *Félix de la Aldea y Cía* o *La Trinidad*, del francés Miallet (o Mialhe), construía maquinaria para las fábricas de harinas castellanas, así como modernos aperos de labranza: es conocido que estas fundiciones vendieron a finales de los años 1840 más de trescientos arados Hallié, aparte de en la provincia de Valladolid, en Palencia y, en menor medida, en las de Avila, Zamora, Santander o Burgos (amén de otros destinos como Extremadura, Andalucía o Valencia)<sup>12</sup>.

Cabría, en fin, aludir a la complejidad de los negocios en los que participaba la burguesía local, muy particularmente su fracción más poderosa, formada por los

---

<sup>10</sup> Sobre estas sociedades y otras semejantes, así como sobre sus frecuentes transformaciones, disoluciones, recomposiciones, etc., existe una abundante información en los protocolos de los notarios vallisoletanos del periodo 1840-1870, guardados en el AHP. Así, en los de Domingo Fernández Gante, Nicolás López, Pedro Caballero de Orduña, Baltasar Llanos, Laureano Íscar, entre otros. Debe consultarse también: GARCÍA COLMENARES, P.: *Evolución y crisis de la industria textil castellana, Palencia, 1750-1990*, Madrid, Mediterráneo, 1992, pp. 188 y ss. Para épocas posteriores, y referido a la venta de géneros catalanes: DEU BAIGUAL, E.: «La comercialización de tejidos catalanes en Castilla-León y Cantabria, 1870-1914», en J. Torras y B. Yun, (dirs.), *Consumo, condiciones de vida y comercialización. Cataluña y Castilla, siglos XVII-XIX*, Avila, Junta de Castilla y León, 1999, pp. 377-393.

<sup>11</sup> MUSET i PONS, A.: *Catalunya i el mercat espanyol al segle XVIII. Els traguers i els negociants de Calaf i Copons*, Barcelona, Publicacions de l'Abadía de Montserrat, 1997. Allí se señala por ejemplo, que Valladolid fue la plaza donde se concentró un núcleo mayor de negociantes de Copons, unos veinte, p. 181

<sup>12</sup> Datos en SERRANO GARCÍA, R.: «Mariano Miguel de Reynoso. Su papel en la innovación agraria del siglo XIX», en J. L. García Hourcade, J. M. Moreno Yuste y G. Ruiz Hernández, *Estudios de historia de las técnicas, la arqueología industrial y las ciencias*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1998, vol. 1, pp. 285-295.



harineros: al lado de la inversión en Bienes Nacionales (en algunos casos en varias provincias distintas) consta la participación en diversas empresas mineras, como la *Sociedad Palentino-Leonesa*, la *Esperanza de Reinosa*, *La Riqueza Berciana*, etc. para explotar los yacimientos carboníferos —o de otros minerales— de Palencia y León; la entrada, asimismo, en negocios textiles, siendo quizá el más significativo la creación, en 1855, de *La Vallisoletana*; de fábricas de papel, como la que tenía José Garaizábal sobre las aguas del Esgueva; de curtidos, destacando aquí fabricantes vascofranceses como Domingo Alzuren, Juan Divildos, al lado de otros autóctonos, como Esteban Guerra; de obras públicas, como la sociedad *José León y Cía* que tenía contratos con *Crédito Mobiliario* para la construcción de varios tramos de la línea Madrid-Irún. Para terminar con los establecimientos de crédito que iban a surgir en rápida sucesión desde la creación en 1857 del Banco de Valladolid y que se dotarían, a su vez, de sucursales en otros puntos de la región.

Con las observaciones anteriores no pretendemos exagerar ni la potencialidad económica de estos individuos o compañías, ni tampoco la solidez y entrelazamiento de intereses referidos a todo el marco regional en que si bien Valladolid desempeñaba un papel importante, Santander (o, a mayor distancia, Barcelona) tenía una responsabilidad económica aún más decisiva. Con seguridad, además, estas redes comerciales se inscribían sobre otras anteriores que se remontaban al Antiguo Régimen si bien en estas décadas pudieron verse reforzadas a partir del tirón comercial que llegaba del Cantábrico, asumiendo Valladolid un peso mayor en la organización y control de todo este comercio en razón de su excelente posición geográfica así como del dinamismo que mostró desde el final de la Guerra carlista.

No se nos oculta tampoco, como veremos luego, que tal perspectiva vino en una buena medida animada por un factor extraño: los intereses ferroviarios, de capital francés, con una visión entonces muy optimista de las posibilidades de un desarrollo integrado del conjunto de la Meseta superior y que pocos meses antes de inaugurarse la Exposición habían llevado a cabo una activa campaña en la ciudad y en otros puntos de la región para intensificar la suscripción de acciones de la Compañía del Norte. Tan sólo hemos pretendido mostrar que el carácter regional de la Exposición se correspondía con unas realidades económicas, con una cierta articulación del mercado castellano-leonés, y que si se celebraba en Valladolid, ello tenía su correlato en la relativa vitalidad que demostraba en aquellos momentos la burguesía local.

El hecho, por otra parte, de que el recién nombrado Gobernador, Cástor Ibáñez de Aldecoa, o su activo secretario, Sabino Herrero Olea idearan y ejecutaran el proyecto no era tampoco ajeno a esta voluntad de trascender el marco local. Aunque de origen vasco, el primero de ellos no era en modo alguno un extraño ni al ambiente vallisoletano ni a los negocios que se urdían en la ciudad. Se había casado con una hija del industrial Francisco de Lara, y ese matrimonio le había llevado a conectar con una de las familias más destacadas de Valladolid, la encabezada por el exministro Mariano Miguel de Reynoso. Por su parte, Sabino Herrero Olea, era hijo de Miguel Herrero López, uno de los grandes compradores en la Desamortización, siendo él



mismo industrial y banquero. Su matrimonio además con Candelaria Ruiz del Arbol, le llevó a emparentar con una rica familia zamorana. Estos sucintos apuntes invitan a reflexionar sobre otro factor quizá tanto o más decisivo en el fortalecimiento de un punto de vista regional, entre la élite vallisoletana: el tejido de alianzas matrimoniales y la constitución de redes informales de negocios que sobrepasaban a menudo la esfera local o provincial. Las conexiones en este sentido, con adineradas familias de Zamora, Salamanca, Santander, etc., junto con la endogamia de clase que caracterizó a este grupo, particularmente fuerte por lo que se refiere a los harineros, hubieron sin duda de alimentar un enfoque castellanista como el que inspiraría la Exposición.

*La fase organizativa (abril-septiembre de 1859). El ideario del proyecto.*

Once días después de su intervención ante la Diputación vallisoletana se realizó, como hemos adelantado, la convocatoria a las provincias de Castilla la Vieja (las nueve de la actual Comunidad Autónoma más las antiguas de Logroño y de Santander) firmada por el propio gobernador y por José Moyano Sánchez, diputado secretario de la corporación. Allí, tras exponer los méritos de las exposiciones públicas y dar por verdades plenamente demostradas su utilidad y sus beneficiosos resultados, exponían las razones que les llevaban a promover el acontecimiento y la consiguiente invitación. Contemplaban dos tipos de argumentos para razonar su celebración: uno consistente en los beneficios usuales esperados de la ejecución de estos actos que por eso mismo era preciso realizar también en Castilla, y otro, que ellos denominaban «consideraciones de oportunidad» y que se referían a la exigencia de actuar ante el acabamiento a medio plazo (aún faltaban cinco años), de la línea ferroviaria Madrid-Irún que iba a poner en contacto directo a las zonas productoras castellanas con Francia<sup>13</sup>.

Enfrentada a este reto, Castilla debía, según los convocantes, hacer su presentación pública como región productora, ofreciendo un cuadro lo más rico posible del conjunto de sus recursos. Como señalaría más tarde Sabino Herrero en su memoria inaugural, tratando de hacer hincapié en ese carácter preparatorio, a la par que necesariamente modesto que se quiso dar al evento:

«Ni ésta (se refería a la Junta Directiva) ni la Diputación creyeron que a Castilla convenía por ahora un concurso de emulación; pero antes de entrar en la nueva vida a que los adelantos de la civilización moderna la convidan, necesitaba recogerse un momento en sí misma y hacer por decirlo así el inventario de sus propias fuerzas. Tal ha sido el objeto de esta Exposición...»<sup>14</sup>

Los organizadores alegaron también otro motivo para plantear la muestra castellana: el proyecto, por parte gubernamental, de celebrar una «Exposición española peninsular-ultramarina», para cuyo feliz desenvolvimiento era conveniente llevar a cabo antes toda una serie de exposiciones de ámbito más reducido, a modo de ensayo. Así,

---

<sup>13</sup> Toda esta información procede del folleto ya citado que se reproduce en BELLOGÍN, A.; HERRERO OLEA, S. y LÓPEZ MORALES, B.: *La revolución liberal*, pp. 189 y ss.

<sup>14</sup> *Boletín Oficial de la Provincia de Valladolid*, (27-IX-1859).

la Castellana debería tener también ese carácter según sus organizadores que esperaban ofrecer una imagen de la región mucho más rica y ajustada a la realidad de su potencial productivo que la muy pobre que al parecer había dado en la Agrícola de 1857.

Posteriormente a este documento iban a publicarse, ya por parte de la Junta Directiva, el catálogo de los productos admisibles a la Exposición así como varias circulares que interesa comentar, ya que en ellas puede advertirse mejor la filosofía del certamen, así como las intenciones de sus organizadores. Se introducía por ejemplo –bien es cierto que refiriéndolo al ámbito español y no simplemente al castellano– el concepto de atraso relativo para definir el lugar de nuestro país en la escala del desarrollo; se daba por descontada –al igual que en la convocatoria la abundancia de recursos naturales y la feracidad del terreno y se aclaraba que la necesidad de la Exposición concernía sobre todo a la agricultura, cuyos problemas e insuficiencias hacían depender más de la disposición mental de los cultivadores o de su escasa preparación que de otros factores. De ahí que consideraran que tales dificultades sólo podían ser dominadas con la ayuda de elementos morales, fundamentalmente de la instrucción y el estímulo, carencias que la Exposición podría empezar a subsanar. La industria castellana en cambio, estaría menos necesitada de esos socorros aunque, dada la ignorancia mucho mayor que se tenía acerca de su verdadero estado, la utilidad de la Exposición se volvía igualmente patente.

La Junta Directiva tropezó desde sus primeras gestiones con una cierta resistencia por parte de los productores a enviar sus objetos debido a la apatía pero también a la idea equivocada que en su opinión se hacían de esta clase de certámenes. Nada más frecuente, afirmaba, que oírles decir: «nada tenemos de notable que exponer». Por ello, en la primera circular se esforzaron por desmentir esos prejuicios acerca de las Exposiciones, donde ya no se trataría de enviar objetos de un mérito extraordinario y asequibles sólo a una minoría sino, por ejemplo, artículos de economía doméstica cuyo valor no residía tanto en su perfecta o artística ejecución como en su capacidad para satisfacer necesidades generales, en lo que intervenía de un modo muy principal su bajo precio. O como, por lo que se refería a la agricultura, no en productos selectos sino en otros que sin ser de una excepcional calidad fueran obtenidos en grandes cantidades y con baratura o en las razas ganaderas que se distinguieran por la economía de su alimentación y la abundancia de sus productos.

La mayor importancia atribuída a los objetos de uso ordinario o de consumo general les llevaba a requerir de los expositores, como un dato esencial, una nota verídica del precio corriente a que se expendían en el punto de producción, así como otras informaciones de interés comercial, como la distancia desde aquel lugar hasta la capital o mercado más próximo, el precio medio del transporte por arroba hasta esas localidades, la cantidad media que se elaboraba o podía elaborarse anualmente de tales productos, etc. La verdad es que solamente la obtención de estas informaciones justificaba su realización, tanto para determinar con mayor exactitud la nómina de potenciales clientes de la red ferroviaria (no sólo individuos aislados sino localidades o comarcas productoras) o la política de tarifas, como para ampliar las oportuni-

des del comercio regional. Mucho nos tememos, sin embargo, que dada la precipitación con que hubo de hacerse la admisión de objetos, así como la falta de avisos anticipando su envío (donde se consignaban algunos de esos datos), la Exposición sólo cubrió a medias esos ambiciosos objetivos.

El primer cuidado de los directivos fue el de «organizar los trabajos de invitación» en el territorio de las once provincias y para ello se recurrió a una vía indirecta: sugerirlas que tomaran como modelo a imitar una iniciativa adoptada por la misma Junta en lo referente a Valladolid que consistió en nombrar juntas auxiliares en las cabezas de partido para que ejercieran de intermediarias entre la Directiva y los productores<sup>15</sup>. Sabemos que efectivamente este modelo se aplicó en las provincias de Salamanca y León y que en Santander se constituyó también una comisión o junta organizadora que se tomó con el mayor interés la concurrencia a la Exposición, asumiendo el coste del envío de productos o ganados. En otras provincias, en cambio, no tenemos constancia de que se constituyeran estas estructuras organizativas de carácter comarcal.

Igualmente la Junta Directiva cursó invitación personal a que participasen, a los propietarios o industriales de la región que habían tomado ya parte en la Exposición de Agricultura de 1857, y solicitó igualmente a los Gobernadores listas de potenciales participantes para invitarles también. Estos funcionarios, que presidían las Diputaciones y las Juntas de agricultura debieron ser en realidad los principales interlocutores de los organizadores vallisoletanos ante sus respectivas provincias, papel al que fueron instados por el propio Gobierno por medio de una R.O. de 18 de mayo en que explícitamente les exhortaba a promover la concurrencia a la Exposición Castellana. Es decir, al lado de los intereses regionales o extrarregionales, de carácter privado, a los que convenía que se realizase el certamen, parece claro que hubo un designio público, gubernamental, con vistas a motivar a los productores a que tomaran parte en él como estación previa a su participación en la Exposición Hispanoamericana de 1862.

Hubo dos provincias, Zamora y Palencia en las que las invitaciones de la Junta vallisoletana no pudieron ser atendidas de una manera preferente por la sencilla razón de que ambas tenían previsto organizar sendos certámenes provinciales de agricultura, también para el mes de septiembre de 1859 (aunque unos días antes). Creemos que en estos dos casos, el Ministerio intervino para fijar su sucesión a lo largo del mes y que no se solaparan unas con otras y probablemente estimuló el compromiso, que asumieron sus organizadores, de remitir a la más tardía de Valladolid aquellos productos que más hubieran destacado en las suyas<sup>16</sup>.

---

<sup>15</sup> *Boletín Oficial de la Provincia de Valladolid*, (3-V-1859).

<sup>16</sup> Sobre la realizada en Zamora en los primeros días de septiembre, que fue solo de agricultura y ganadería, puede verse el discurso del Gobernador y la relación de premios en: *Boletín Oficial de la Provincia de Zamora*, (16-IX y 31-X-1859).

*Septiembre de 1859 en Valladolid: el éxito de la Exposición Castellana.*

El certamen estaba previsto se realizara del 20 al 30 de septiembre, coincidiendo con las ferias de la ciudad del Pisuerga, si bien se establecía la salvedad de que los ganados sólo permanecerían expuestos hasta el día 23. El terreno escogido fue el destinado a la futura estación del ferrocarril siendo cedido a esos efectos, como ya anticipamos, por Crédito Mobiliario Español. Tal ubicación, que simbolizaba las esperanzas depositadas en el nuevo medio de transporte como impulsor de la revitalización de Castilla tenía también un significado en el contexto urbano ya que, a partir del momento en que se escogió el antiguo Vivero de Capuchinos para estación, se fue configurando un nuevo espacio industrial y de habitación obrera que venía a sumarse al definido por la dársena y el derrame del Canal de Castilla.

Esta se inauguró con gran solemnidad el día 20 de septiembre ante una concurrencia inmensa entre la que hay que comprender tanto a la que, provista de billetes de entrada –se repartieron unos 6.000– se emplazaba dentro del recinto vallado y que, según aseguraba el cronista, abrazaba lo más distinguido de la población que acudió vestida con sus mejores atuendos, como al gran gentío que se agolpaba detrás de las verjas. La ceremonia se desarrolló en un pabellón de planta poligonal rematado pintorescamente en su parte superior en forma de nave en que, ante la mesa presidencial, presidida por el Arzobispo, tomaron asiento los miembros de las distintas corporaciones de la villa así como los expositores más notables de las provincias. Las señoras fueron colocadas detrás de todas estas notabilidades.

La concurrencia de expositores –que S. Herrero cifraba en unos 1.500 en su memoria–, superó las previsiones que se habían hecho, de modo que las galerías construidas, que ofrecían un espacio de unos 1.000 m<sup>2</sup>, se vio que resultaban totalmente insuficientes y hubo que improvisar urgentemente otras dos más duplicando así la extensión inicial. Incluso esta ampliación se habría quedado corta, aseguraba el secretario de la Junta, si los trabajos de invitación hubieran recibido el impulso que las circunstancias no consentían<sup>17</sup>.

Al final, por tanto y debido a la afluencia a última hora de numerosos productos, la Exposición fue un éxito, hecho que se interpretó por quienes tomaron parte en ella con unas connotaciones fundacionales, como si se traspasara el umbral hacia la tierra prometida del progreso. Esto lo decían muy justamente los comisionados por la provincia de Santander en el informe o balance que redactaron para su gobernador, Patricio de Azcárate: «el gran suceso que acaba de tener lugar en Valladolid será, a no dudarlo, el primer paso que nuestras provincias dan en la senda del progreso...»<sup>18</sup> También el comisionado por Burgos, en el informe rendido al gobernador de la provincia, Francisco de Otazu, señalaba que «el estudio que hice de todas las galerías de la Exposición me hizo conocer que las provincias convocadas habían excedido las

<sup>17</sup> Sobre la inauguración y las características del recinto: *El Norte de Castilla*, (21 y 22-IX-1859).

<sup>18</sup> *Boletín Oficial de la Provincia de Santander*, (2-X-1859), pp. 525-526.

esperanzas y hasta las ilusiones de los más confiados»<sup>19</sup>. Una valoración que, sin tener la trascendencia que imprimían a sus palabras los de Santander, reflejaba igualmente la agradable sorpresa de los concurrentes ante la abundancia y variedad de los objetos expuestos.

Además de admiración por la realidad positiva del certamen, a estos comisionados también les causó un gran impacto el trato cordial y las múltiples atenciones recibidas de la Junta directiva y autoridades vallisoletanas. Unos factores que iban a influir en que, entre ellos primeramente, pero también en el Jurado, miembros de la Junta y grandes propietarios asistentes, surgiera un clima de exaltación regional y de gratitud hacia Valladolid –a la que se reconocía sin ambages como capital de Castilla– que aparecía muy bien reflejado en el comunicado que, con fecha de 26 de septiembre dirigieron los representantes de las provincias al Ayuntamiento de Valladolid:

«Siglos han transcurrido sin que las once provincias que se honran con el nobilísimo dictado de castellanas, hayan tenido de común más que ese nombre y la gloria de haberle enaltecido en cien combates a éste y al otro lado del Océano. A esta mancomunidad en la gloria, principal aspiración de otros tiempos, debía seguir otra más acomodada a las exigencias y necesidades de nuestro siglo. Era preciso unir las con los vínculos sagrados de la confraternidad y los no menos indisolubles y eficaces de sus propios y legítimos intereses y para ello concibió sin duda el señor Gobernador de esta provincia el utilísimo pensamiento de realizar una Exposición agrícola, industrial y pecuaria en que todas ellas tomaran parte... Cómo han correspondido las Provincias invitadas a tan honroso llamamiento, no hay para qué decirlo. Ahí están los más selectos productos de su agricultura, de su industria, de sus ganados, que pueden considerarse como ofrendas colocadas en el ara santa de la amistad y de la unión a que todas deben aspirar. Este acontecimiento, digno por cierto de consignarse de una manera indeleble para que la posteridad haga justicia a las miras de la época presente...»<sup>20</sup>

Siendo conscientes por otro lado de que con su agradecimiento no quedaba satisfecha la deuda contraída,

«ofrecen solemnemente a V.E. que participarán a las de sus respectivas provincias [autoridades y corporaciones] los gratos recuerdos que de estos solemnes días llevan impresos en sus corazones, esperando de los nobles y delicados sentimientos que a éstas distinguen que comprenderán la obligación en que están de corresponder cumplidamente y en todas ocasiones a tan señaladas muestras de consideración...»

Evidentemente, si la Exposición se hubiera quedado en eso, en el libre curso de unos impulsos confraternizadores cuya expansión se vió facilitada por los agasajos y muestras de afecto de que estos comisionados fueron objeto, nos parece poco justificada la conceptualización de este acontecimiento como un hecho precursor del regionalismo castellano. Lo que resulta más relevante en este sentido –aunque muy mediado por la política unionista–, es el propósito, nacido de esta efusión de sentimientos fraternos, de cultivar el espíritu unitario por medio de la fundación de un periódico

<sup>19</sup> *Boletín Oficial de la Provincia de Burgos*, (7-X-1859). El comisionado era Eduardo Augusto de Bessón

<sup>20</sup> *Libro de actas del Ayuntamiento de Valladolid*, (7-X-1859).

—*La Unión Castellana*—, y del diseño de un instrumento para hacer efectivos los signos de progreso material y revitalización económica que el certamen había hecho patentes (una sociedad agrícola titulada: *Sociedad castellana de emulación y fomento*), ajustado a los criterios expuestos más arriba que la relacionaban con el empleo de estímulos morales y con el fomento de la instrucción.

### *Los contenidos de la Exposición.*

Aunque carecemos del Catálogo, disponemos en su defecto de la extensa relación de premios concedidos por la Diputación de Valladolid a propuesta del Jurado, que se publicó en el *Boletín Oficial de la Provincia* de 17 de enero de 1860. En conjunto se dieron 598 premios lo que equivaldría prácticamente al 40% de los objetos o ganados presentados, proporción que estimamos adecuada para obtener una imagen fidedigna del eco de la convocatoria en las distintas provincias, y que posibilita —aunque aquí no lo vayamos a hacer por falta de espacio—, confeccionar un balance grosero de la producción susceptible de ser comercializada, y explorar su grado de modernidad en el contexto de la época y de la situación de la economía española.

Los productos premiados se repartían en 3 grandes divisiones, sin duda las que habían regido en la clasificación y presentación de los mismos: una primera titulada «Industria en general y Bellas Artes»; una segunda que no llevaba rótulo en la relación de premios pero que englobaba básicamente productos agrícolas, y una tercera y última definida como «Ganadería». Cada uno de estos grandes apartados se subdividía a su vez en numerosas clases y grupos (71 en total), si bien no todos ellos recibieron productos para su exhibición o, en caso afirmativo, sus características no les hicieron acreedores a premios: faltaron finalmente por cubrir doce grupos, referidos fundamentalmente a memorias o documentos alusivos a las grandes divisiones contempladas.

Ya hemos señalado que el Jurado distribuyó 598 distinciones entre medallas (de oro, plata y bronce), menciones honoríficas y premios en metálico (para los productos ganaderos). Pues bien, la primera división, que integraba a la Industria en general y las Bellas Artes, se quedó con 245 premios, de los que 203 fueron a recompensar propiamente los efectos industriales y los 42 restantes a obras artísticas. Por su parte, la segunda, relativa a la agricultura fue la que acaparó más distinciones, con 296 en total. En cambio la tercera —ganadería—, se situó a gran distancia de las dos anteriores ya que sólo recibió 55 premios, hecho sin duda relacionado con el número más reducido de expositores. Por ello, omitiremos referirnos en lo que sigue, a este último apartado.

Analicemos muy someramente los contenidos de la división industrial, ciñéndonos a los efectos mineros y manufacturados y excluyendo a los artísticos: la minería poseía una representación que cabría calificar como reducida o incipiente, limitada a 17 efectos premiados en donde destacaban las calaminas, blendas, galenas y cobres de la provincia de Santander y los carbones de Palencia y León (que también aportaban otros minerales). Por su parte, la relación de premios concedidos a productos manufacturados evidencia que habían aparecido algunas especialidades metalúrgicas

relacionadas con el mercado que generaba el proceso de urbanización, como las molduras de metal para pasamanos de escalera, de E. Labajo o los catres de hierro presentados por la firma vallisoletana *A. de Zarraoa y Cía*, que tuvieron un gran éxito así como los de un fabricante de Alaejos, Jorge Martín, quien años más tarde se dedicaría a la construcción de aperos agrícolas. En cuanto al textil, los premios dejaban constancia de la vitalidad de la industria pañera de Béjar que recogía cuatro medallas entre las cuales una de oro concedida a los paños del fabricante Gerónimo Gómez Rodulfo. Pero al lado de esta elaboración de una fibra tradicional debemos mencionar también los premios recaídos en varios fabricantes de hilados y tejidos de algodón ubicados recientemente en Valladolid, Santander o Ezcaray (tejidos de punto en este último caso) que se hicieron acreedores a varias medallas.

En el capítulo de sustancias alimenticias figuraban en primer término las harinas y derivados (como pastas para sopa, aunque todavía no había constancia de galletas), con diez premios en total. Quizá lo más notable en este caso fue la completa ausencia entre los premiados de fabricantes de Palencia y la muy minoritaria de Santander (tan sólo Francisco Tafall), en tanto Salamanca se llevaba nada menos que cuatro premios (Miguel Peláez, Mariano Solís, marqués de Villalcázar y J. Arias Girón), como si se quisiera estimular la expansión de la harinería en otras provincias distintas de las que en ese momento casi monopolizaban la fabricación (otro premio iba a parar a un fabricante de Aranda de Duero). La segunda división, referida fundamentalmente a productos agrícolas, era la más concurrida, especialmente el grupo 33, referente a granos y semillas de todas clases. Los trigos de diferentes tipos así como los garbanzos, predominaban, aunque había también bastantes muestras de cebada y centeno y de otras legumbres como alubias de diferentes clases, yeros, muelas, guisantes, etc. Debe apuntarse que salvo en dos ocasiones, el de un trigo «dronillard» de origen egipcio, presentado por el expositor salmantino Mariano Cáceres y el de una cebada australiana, aportada por el burgalés E. A. de Bessón, no se percibe apenas esfuerzo por aclimatar semillas procedentes del extranjero. Por lo que atañe a vinos y licores, se concedía un relieve notable a los expositores riojanos (entre ellos, el Duque de la Victoria) que estaban introduciendo nuevos métodos de vinificación. No obstante el premio mayor, la medalla de oro, era para los diferentes caldos presentados por la firma vallisoletana *Pimentel y Bayón*, en especial «por la superior calidad de los vinos espumosos, elaborados al modo de Champagne, su baratura, y la importancia de esta industria en el país, apreciando los esfuerzos de los expositores».

Respecto de los instrumentos de labranza, abonos, memorias sobre el cultivo, etc., la relación de premiados era un poco raquítica, testimoniando el estadio aún incipiente en que se hallaba nuestro sector agrario en cuanto a modernización técnica, si bien eso no quita para que existieran algunos núcleos receptivos a la innovación, como señalara en su día R. Garrabou<sup>21</sup>. Quizá lo más notable en este grupo de

---

<sup>21</sup> GARRABOU, R.: «Sobre el atraso de la mecanización agraria en España (1850-1933)», *Agricultura y sociedad*, 57 (octubre-diciembre 1990), pp. 41-77.



diez expositores premiados fuera el que dos de los premios recayeran en sendos talleres de fundición vallisoletanos, el de *Félix de Aldea y Cía* y el de *Antonio Mialhe* que, desde hacía al menos diez años venían fabricando entre otros productos, arados de vertedera y que ahora presentaban un muestrario de su producción.

¿Cual fue la participación respectiva de las distintas provincias convocadas a la muestra, tanto en un sentido general como en lo referente a cada una de las grandes divisiones del catálogo? Debemos reseñar ante todo que se dió un predominio abrumador de la provincia vallisoletana, que en conjunto contabilizó 277 productos premiados, lo que equivalía al 46,32 %. Zamora era la provincia que venía a continuación, con 79 premios —el 13,21 %—, aunque con la particularidad de que las recompensas se concentraron casi exclusivamente en la segunda división del catálogo. Salamanca, en la que el llamamiento a concurrir a la Exposición Castellana tuvo una excelente acogida, se emplazó en el 3º puesto, con 43 efectos premiados y un mayor equilibrio entre las distintas divisiones, sobre todo entre la primera y la segunda; una participación que suponía el 7,19 % del conjunto de premios repartidos.

A poca distancia de Salamanca se situaron Avila y Santander, que lograron idéntico volumen de premios, 40 (el 6,68 % del total de recompensas), significándose Santander por el elevado número de efectos industriales o mineros premiados, 28, mientras que Avila lo hizo sobre todo por sus ganados, 15, cuyo viaje hasta la Exposición había tratado de facilitar su gobernador, Romualdo Becerril. La participación de León, medida por este criterio de los premios resultó algo inferior: 32 productos o lotes, lo que suponía el 5,35 % del total, registrándose también aquí una actuación discreta por parte de los organizadores que, una vez concluída la Exposición se declaraban satisfechos, máxime cuando sus dudas acerca de la representación leonesa quedaron disipadas por el reconocimiento caluroso de C. Ibáñez de Aldecoa<sup>22</sup>. Y después de León venían Soria, con 24 premios (el 4,01 %), Palencia, con 22 (3,67 %) y, en los lugares postreros Segovia, con 19 (3,17 %), Burgos, con 13 (2,17 %) y Logroño, con 7 (1,17 %), baja participación que habría que atribuir al poco entusiasmo de sus Diputaciones y Juntas de Agricultura.

En cuanto a los expositores premiados en las divisiones segunda y tercera, buena parte de ellos rurales, nos hemos centrado en los de la provincia vallisoletana al haber podido disponer de una información complementaria bastante completa recopilada por los estudiosos de la Desamortización. Prácticamente la tercera parte de los 136 premiados en aquellos apartados habían efectuado compras (generalmente, cantidades moderadas) en la etapa Mendizábal-Espartero o en la de Madoz, entonces en curso, predominando entre ellos los medianos propietarios aunque no faltaban en absoluto los hacendados, especialmente los que habían acudido al primero de los procesos desamortizadores. De forma mayoritaria tenían la condición de electores y algunos, muy pocos de entre ellos, habían suscrito acciones del Ferrocarril de Isabel II o de la Compañía del Norte.

<sup>22</sup> *Boletín Oficial de la Provincia de León*, (31-X-1859).

La presencia de este tipo de expositores parece revelador del interés de la burguesía rural castellana por aprovechar las grandes posibilidades que para la comercialización de sus frutos brindaba el ferrocarril, hecho confirmado por la abundante presencia de expositores procedentes de partidos como Medina del Campo o Arévalo. Un sector identificado por los estudiosos de la Desamortización como dinámico y emprendedor, al tiempo que abierto a la innovación técnica, lo que proporcionaría un motivo añadido de su presencia en estas celebraciones del progreso laico que eran las exposiciones.

### ***El proyecto de la Sociedad castellana de emulación y fomento.***

A pesar de que Burgos estuvo pobremente representada en la exposición, a uno de sus comisionados, Eduardo Augusto de Bessón, se le ocurrió la idea de formar una sociedad que, al mismo tiempo que institucionalizase, bajo el lema de las provincias hermanas, la unión entre las provincias, estimulara el progreso técnico de la agricultura regional<sup>23</sup>. Idea que fue bien acogida por los jurados y terratenientes asistentes a la muestra y contó con el respaldo oficial de forma que en una reunión celebrada el 23 de octubre en el Ayuntamiento de Valladolid se aprobaron las bases para la creación de una sociedad libre, que se titularía *Sociedad Castellana de Emulación y Fomento* y se nombró una comisión interina de cinco miembros que llegaría a formular un proyecto de estatutos publicado al año siguiente<sup>24</sup>. Debe señalarse que en España, a diferencia de otros países de Europa occidental, existían por aquellas fechas muy pocas sociedades agrícolas.

La entidad, que no llegó a constituirse oficialmente, estaba pensada para mantener encendido el «espíritu de unión» que el certamen había hecho aflorar puesto que se consideraba indispensable una acción coordinada y común para sacar a Castilla de su situación de atraso y aprovechar la oportunidad histórica brindada por el tendido ferroviario. Al propio tiempo, y pensando fundamentalmente en el sector agrario, la sociedad buscaba sistematizar la celebración de exposiciones y certámenes, estimando que la emulación entre los productores había de ser la principal herramienta para modernizar la economía regional, especialmente, del sector agrario, (bien es verdad que se contemplaban también la creación de bancos territoriales, establecimientos de enseñanza, granjas-modelo, entre otros).

---

<sup>23</sup> Bessón lo cuenta en su informe inserto en *Boletín Oficial de la Provincia de Burgos*, (7-X-1859). Otras referencias a la idea de formar la Sociedad, en *El Norte de Castilla*, (4-X-1859).

<sup>24</sup> *Estatutos de la Sociedad Castellana de Emulación y Fomento. Proyecto presentado por la comisión interina*, Valladolid, Impta. de Manjarrés y Compañía, 1859. La fecha de 23 de octubre es la que figura en el acta que antecede a los estatutos (p. 3), si bien creemos que es un error y que debería poner septiembre, tal y como se desprende del informe de E. A. de Bessón a su gobernador, citado más arriba. Una valoración de esta sociedad en la perspectiva del largo camino seguido por el asociacionismo patronal en Castilla la Vieja y León: CALVO CABALLERO, P.: «Valladolid, capital del asociacionismo económico regional (1845-1936)», en *Valladolid, Historia de una ciudad. T. III. Época contemporánea*, Valladolid, Ayuntamiento, 1999, pp. 1046-1047. Deben consultarse también otros trabajos posteriores de esta autora, como por ejemplo su libro, *Asociacionismo y cultura patronales en Castilla y León durante la Restauración, 1876-1923*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 2003.

Se puso como requisito indispensable llegar a la cifra de 1.000 socios para constituir la sociedad y se diseñó un barroco organigrama en que, a pesar de las promesas de autonomía a las futuras juntas provinciales, el poder efectivo parecía recaer en una junta central de 22 miembros y en la comisión permanente, de cinco. Parece que en un momento posterior, se creyó oportuno crear un órgano periodístico que reforzara los vínculos entre las provincias, papel que cumplió un nuevo diario fundado por Ibáñez de Aldecoa y S. Herrero, *La Unión Castellana*, sobre cuyos contenidos poco se sabe, salvo que tuvo un carácter cuasi oficial y que libró una dura batalla con *El Norte de Castilla* hasta ser absorbido por este último en agosto de 1860<sup>25</sup>. Bien fuera por la centralización que este diseño auguraba, por los recelos de otras provincias respecto del previsible protagonismo de Valladolid, por el carácter partidario y gubernamental del proyecto (claramente manifiesto en la línea seguida por el periódico recién fundado) en razón del apoyo que recibía de la Unión Liberal o, pura y simplemente, porque una vez concluido el certamen y vueltos a sus lugares de origen los comisionados se apagó el sentimiento fraterno, lo cierto es que la sociedad no llegó a arrancar, ni siquiera cuando los organizadores, en 1861, redujeron su ámbito, de modo más realista, a la provincia de Valladolid<sup>26</sup>. El fracaso del proyecto, por otro lado, ponía en cuestión los límites de las exposiciones como motor de la modernización agrícola y delataba los escasos estímulos a la innovación en un contexto de monocultivo triguero de carácter extensivo y de férreo proteccionismo.

Algo de ese espíritu castellanista debió subsistir, empero, así como de la ligazón que se había establecido entre el resurgir de Castilla y el fomento de los intereses materiales como prueba la creación, con el concurso decisivo de varios de los personajes que habían propulsado la exposición (Millán Alonso, Aldecoa...), de varias sociedades de crédito tituladas *Crédito Castellano* o *Unión Castellana* cuya quiebra estuvo en el origen del colapso financiero de la plaza vallisoletana en el otoño de 1864. Por todo ello el enfoque de la Exposición como un precedente lejano del regionalismo castellano creemos que es correcto ya que tuvo, en palabras del salmantino Eduardo Pineda un significado indeleble, era la primera página de la representación de la Vieja Castilla en los destinos de España. Las once provincias de este mar de fértil tierra y honrado carácter en sus hijos, antes diseminadas, quizás opuestas, estaban juntas en aras de una digna emulación, dispuestas por medio de sus *Representantes* a tender las manos y ofrecerse en franca y leal amistad<sup>27</sup>.

---

<sup>25</sup> Sobre el periódico ALMUIÑA FERNÁNDEZ, C.: *La prensa vallisoletana*, pp. 705-709. El prospecto se insertó en los boletines de las diferentes provincias donde, además, es significativo que se podía efectuar la suscripción: véase, por ejemplo, *Boletín Oficial de la Provincia de Burgos*, (30-X-1859). En el Archivo Histórico Provincial de Oviedo, hay también información sobre su creación y los conflictos con *El Norte*: Fondo Posada Herrera, leg. 7-11379.

<sup>26</sup> Véase sobre todo: *El Norte de Castilla*, (13-XII-1861).

<sup>27</sup> *Adelante*, (1-IV-1860).